

& LIBROS

Nueva York, ciudad en la que Claudio Giaconi vivió muchos años, es vista y sentida como la capital de un mundo que se cae a pedazos.

Aquí se trata del derrumbe de Occidente, no del ocaso. El ocaso supone el amanecer del día siguiente. El derrumbe no tiene vuelta, es un punto final.

CRISTIAN VILA RIQUELME

Con rumores cada vez más fuertes sobre la inminente reedición del libro de relatos **La difícil juventud**,

primera obra magna de Claudio Giaconi (1926), otro de sus libros, esta vez de poemas y contra-poemas, **El derrumbe de Occidente**, publicado en enero de 1985 por Libros del Maitén, al parecer ha caído en la ley del silencio propia de este país de desastres y no sólo en lo que a poesía se refiere. Ya se lo dijo, en Trieste, James Joyce a Italo Svevo: "Abandonar la patria es peligroso, pero retornar a la patria es aún más peligroso; si pueden, le clavan a uno un puñal en el corazón".

El derrumbe de Occidente es un libro aparentemente diverso (tanto por la implicación y la proyección de las voces como por el tratamiento de las mismas), y digo aparentemente, por cuanto con la lectura atenta aparece la unidad que desde el título se impone. La variedad no sería aquí más que realce de dos temas principales: uno mordaz, que es aquel del exilio como soledad y exorcismo, y el otro lárlico, como es aquel del hijo pródigo.

Calcuta York

El tema del exilio como soledad ("Es hora de volver, pero de volver adónde?" (Exilio), o "Sentarse a comer y ser tú/ el único comensal/ es mala señal..." (Mala señal) y que nos recuerda al Vallejo de **Trilce**: "He almorzado solo ahora, y no he tenido/ madre, ni súplica, ni sírmete, ni agua..." y como exorcismo "Tienes que cargarte las baterías solito/ si no te contestan el buenos días/ si te responden con gruñidos/ si te miran de bulldog/ o como si fueras invisible..." (El spleen de Nueva York) pero sobre todo en el poema Exorcismo: "Basta no pienses más/ en lo que has dejado a medio camino/ en lo que habrías podido ser y no fuiste/ en que la vida te duele al atardecer/ (...) en que quizás ya te moriste y te estás soñando") es, tal vez, el que más salta a la vista en el conjunto. El Occi-

dente es aquí, emblemáticamente, Nueva York, y más que una moderna Babilonia se trata del entramado de una impostura colosal que se revela —y es revelada por Giaconi— "a tarasconazos frente al espejo trizado". Tal vez, ese Nueva York sólo lo habíamos tenido antes y en un tono casi profético en el

Poeta en

Nueva York de García Lorca:

"Pero yo no he venido a ver el cielo./

Yo he venido para ver la turbia sangre./ La sangre que lleva las máquinas a las cataratas/ y el espíritu a la lengua de la cobra./ Todos los días se matan en New York/ cuatro millones de patos./ cinco millones de cerdos./ dos mil palomas para el gusto de los agonizantes./ un millón de vacas/ (...) Yo denuncio a toda la gente/ que ignora la otra mitad/ (...) No, no, no, yo denuncio./ Yo denuncio la conjura/ (...) y me ofrezco a ser comido/ por las vacas estrujadas/ cuando sus gritos llenan el valle/ donde el Hudson se emborracha con aceite".

En ese Nueva York, pasto y motor de una paranoia extrema o enmascarada, puede ocurrir cualquier cosa, la realidad supera a la ficción: "Esta ciudad es la Calcuta/ la gran cloaca del mundo occidental/ (...) Ciudadelas de ratas y batracios/ (Cloaca Novum Ebocarum)/ se agitan bajo el Waldorf—Astoria..." (New York, Ney York!), y en el poema Un día como hoy, el poeta se dice, con cáustico temor. "Espero que se vayan los neanderthales/ no salgo antes que ellos ni loco/ para que me sigan por la Segunda arriba?" Pero también se es pasto del malentendido y del crimen: "La gente cree que vive una película de Kojak/ gente menor que quiere verse mayor/ gente mayor que quiere verse menor/ gente que actúa roles equivocados/ (...) envidioso del don de lenguas/ Mercy Murder, músico punk, estrangula a loro bilingüe" (Sucedé). Y todo eso va a la par con la impostura: "Ensalzan la libertad para suprimir la libertad/ (...) Imponen la dictadura para prevenir la dictadura/ (...) Damas y caballeros./ esto es el mundo en que estamos viviendo./ Sin menoscabo a la inteligencia de la ilustrada concurrencia/ si hay alguien que lo entienda/ que por favor pare el dedo." (Órador callejero).

El segundo tema —que sería casi consecuencia del primero— se hace presente en: "Vuelven por las anchas alamedas los jazmines/ su fragancia humilde la traen las gaviotas/ en vuelo loco barridas por los vientos/ a

La lucidez del derrumbe

de su existencia./ La libertad es el azote/ del viento en la cara/ al galope raudo del corcel./ El jinete es el dueño/ de la libertad y del viento./ Le pregunto quién es Dios/ el jinete o el caballo/ la libertad o el viento?" (Balada de Gaspar Hauser), pero se trata de un sueño (el exilio está repleto de sueño) porque la realidad y su doble es que Gaspar Hauser "cayó apuñalado en el instante mismo/ en que descorría el velo de su identidad".

Ultima porfía

Tanto en el tema del hijo pródigo —tema recurrente en la escritura de Giaconi— como en el otro, hay entrecruzamientos llenos de referencias (Trakl, Vallejo, De Rokha, García Lorca, los beatniks...), de insolencias ("Por más que te creas la muerte/ no eres sino un

Franco de pacotilla" Rayado Mural, de fresco aunque melancólico humor ("Dónde estás?/ me preguntó la sombra./ Ah, te creís chistoso./ Y vos te creís sombra!/ en La Sombra), donde el tiempo como presencia inapelable y cotidiana tiene especial fuerza: "Ya no se oyen palabras como mentecato/ como cuando a uno le decían/ eres un macaco, no seas gazzápiro (...)

Dónde están las

cazuelas de antaño/ esas de ave con chuchoca y albahaca?" y que no deja de recordarnos al De Rokha de **Epopeya de las comidas y bebidas de Chile**.

Pero parece decirnos Giaconi, todo eso es un conjuro para no ser arrastrados sin más por el derrumbe de esta impostura de la que también formamos parte —si acaso—, es un ruido con los pies, una última porfía: "No hay necesidad de pena/ para llorar a los muertos./ Basta la bomba lacrimógena/ para la lágrima del deudo/ al ir a enterrar sus muertos". Por eso, el poema con que se abre este libro no deja lugar a dudas de que se trata de un conjuro mayor: "Lo que pasará mañana/ ya es una memoria/ de lo que pasó ayer. (...) El futuro tendrá/ enorme presente/ en el pretérito/ El pretérito tuvo/ enorme futuro/ en el presente./ El presente tiene/ enorme pretérito/ en el futuro."

Finalmente, cabe destacar que aquí se trata del derrumbe de Occidente, no del ocaso. El ocaso supone el amanecer del día siguiente. El derrumbe no tiene vuelta, es un punto final. Aunque exista la posibilidad de un nuevo levantamiento. Y por eso.



El derrumbe de Occidente. Claudio Giaconi. Libros el Maitén, 1985, 70 páginas.

graznidos vienen a anunciar la entrada triunfal/ de la nueva primavera al acecho de la esquina/ y la noche grávida con aromas a otros tiempos" (Los jazmines silvestres). La visión del derrumbe (por saturación, por "toda la gente que ignora a la otra mitad") obliga al hijo pródigo a manifestarse: "No borren del mapa a la plaza de mi pueblo/ para cuando vuelva algún domingo estival/ al reencuentro de una infancia inconclusa/ al son de la retreta municipal de mediodía./ Bienvenido a tu cuna, me dirán/ las palmeras rotundas ahora tan precarias./ Yo también soy hijo vulnerable de Hiroshima/ diré al jazmín humilde y al abejorro zumbón./ Ve y dile a los enemigos de las flores/ que se achicharren entre sí, me dirán/ y a los demás pétalos que los dejen tranquilos/ o las abejas morirán y la miel se acabará." (Pliego de peticiones). La memoria es aquí un regreso a la aldea donde no se corre el peligro de morir sin encontrar su identidad, porque suele suceder que la clave de la existencia está escondida en un sueño que se esfuma al despertar: ("Yo quiero ser jinete!/ gritaba desaforado cuando apareció./ (...) Ahora me cuchichea al oído/ la clave